

LA ESPERANZA MUERE AL ÚLTIMO

Abigail

Recuerdo cuando tenía seis años de edad. Todavía no alcanzaba a comprender muy bien lo que pasaba, pero sí que era una niña muy tímida y llena de miedo por lo que vivía con mis padres. Tengo dos hermanas, Yolanda y Magdalena; yo soy la menor.

Mi padre era de carácter muy duro, sólo pensaba en él. No llegaba a su hogar buscando a sus hijas para darles el beso de las buenas noches, preguntarles cómo les había ido o si habían hecho la tarea. No llegaba saludando a su esposa y preguntándole cómo le había ido en su trabajo, sino todo lo contrario: entraba de malas exigiendo a mi madre que le sirviera la cena, sin importarle si ella o nosotras habíamos cenado ya. Si la cena no era de su agrado, era el mejor pretexto para sacar el coraje que traía dentro, tal vez porque no le habían salido bien las cosas en su trabajo. Entonces reaccionaba de manera muy violenta, le aventaba la comida a mi mamá, la golpeaba y también a nosotras. Estaba tan ciego, que ni cuenta se daba del sacrificio de mi madre para ayudarlo, porque con lo que él ganaba no alcanzaba para sostener a su familia. Donde vivíamos pagábamos renta y mi pobre madre se daba su tiempo para trabajar lavando y planchando ropa para sacarnos adelante. Lo más triste es no haber tenido el cariño de mi madre, porque al ir a ganarse su dinerito nos dejaba encerradas.

El gasto que daba mi padre era muy poco, pero exigía mucho, y cuando se desesperaba, su consuelo era emborracharse. Ya perdido

de borracho, se transformaba en otra persona, y fuera de sí, nos agredía con malas palabras que a veces duelen más que un golpe. Nos corría de su casa, nos decía que éramos unas arrimadas, golpeaba a mi madre y amenazaba con matarla. Nosotras, llenas de miedo, le suplicábamos que ya no lo hiciera. No podíamos ayudarla porque éramos muy pequeñas e indefensas; mi papá terminaba por golpearnos a nosotras también. Le teníamos tanto miedo, que no queríamos que llegara el fin de semana porque para nosotras era un infierno lo que para él era una fiesta. Sin importar que estuviéramos dormidas, ponía la música a todo volumen. Mi madre, llena de miedo pero con gran valor, se levantaba en plena madrugada a pedirle que nos dejara descansar. No la tomaba en cuenta; lo único que conseguía era que la maltratara, como siempre.

Padecía ya para entonces una crisis nerviosa muy avanzada, resultado de ver tanta violencia en mi hogar. A veces le preguntaba a Dios, con lágrimas en los ojos, ¿por qué a nosotras? Yo le reclamaba a Él por qué me habían tocado esos padres y no otros, como en esas familias donde hay paz y amor. Después me arrepentía y le pedía perdón por renegar de las personas que me dieron la vida. Lo único que quería era que mi padre cambiara algún día y nos quisiera como un verdadero padre y un verdadero amigo. Aunque sabía que no estaba bien, empezaba a sentir odio y coraje hacia él.

Así pasaron los años y él no cambió. Pensé que la mejor solución era casarme por la Iglesia y, gracias a Dios, la persona con quien empecé una nueva vida me quiso mucho y llegué a demostrarles a mis padres que mi matrimonio era muy diferente al de ellos, que había amor y tranquilidad.

Concebimos a nuestro primer hijo y la llegada de ese angelito fue como una bendición. Mi padre, por primera vez en su vida, hizo a un lado su orgullo y trató de ser una persona diferente, demostró lo contento que estaba de ser abuelo por primera vez. Me sentí tan feliz de tener a mi hijo y de ver el cambio en mi padre que le dije a Dios: “Gracias, Señor, por acordarte de nosotros”.

Después de tres años nació mi segundo bebé. El regalo más lindo que Dios me dio fue ser madre. Me di cuenta de lo mucho que me recompensaba por todo lo que había sufrido de niña. Nunca me imaginé que eso me había afectado tanto, hasta que se me metió la idea de que todas las personas tenían que quererme, porque para mí ya no era suficiente el cariño de mi familia. Me volví tan egoísta, que sólo quería que me quisieran y me pusieran atención. Al principio todo iba bien, pero después todo cambió; empezaron los problemas con mi pareja y cambié con él. Sin darme cuenta, hice que mi matrimonio se viniera abajo. Él trataba de tenerme paciencia y de comprender, porque sabía cómo había sido mi infancia, pero llegó el día que se le acabó el aguante y terminamos separándonos sin importar el daño que les causaríamos a nuestros pequeños.

Una semana después de que se fue de la casa, decidí trabajar para demostrarle que sacaría adelante a mis hijos con o sin él. Todo empezó bien: de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa para pasar un poco más de tiempo con mis hijos, pero después me hice de amigos y amigas. Así descuidé mi trabajo, mi casa y mis hijos; empecé a maltratarlos. A mis amigos les ponía mucho interés, me iba de vaga y empecé a tomar y a fumar con ellos, sin importarme a qué hora llegaba a mi casa y sin pensar si estarían bien mis hijos.

Llegaba a mi casa a dormir, al otro día iba a trabajar y del trabajo con mis amigos; creía que era la mejor solución para sacar de mi mente a mi marido.

Cuando era niña pensaba que nunca tendría relaciones sexuales sino con mi pareja y no fue así; empecé a acostarme con uno y con otro descuidando mi salud. También dije que nunca probaría las drogas y, sin embargo, las probé. Gracias a Dios no me hice adicta, pero me fallé a mí misma. Lo peor: siempre fue mi miedo más grande estar en la cárcel, siempre me dije que nunca haría nada que me perjudicara para caer en un lugar así; ahora me digo: “¡Mírate dónde estás!” Mi error más grande no fue llegar a la

cárcel, sino haber arrastrado a mi pobre madre conmigo. Al principio me lo reprochaba: “¿Dónde están tus amigos, los que sólo te trajeron problemas por no haberme escuchado que te alejaras de ellos?” Y es que con ellos me sentía a gusto porque sí me escuchaban y me comprendían; tenían por lo menos cinco minutos para oírme. Mis padres nunca tuvieron tiempo para mí y siempre pensé que no me querían, aunque no era cierto. No eran tan maduros para demostrarnos lo mucho que nos amaban.

La persona con la que andaba antes de llegar aquí, supuestamente me amaba hasta la muerte; ahora ni siquiera se acuerda de que existo. Las únicas personas que me apoyan son de mi familia, a la que antes no supe valorar.

Me doy cuenta de que estaba muy equivocada al haber desconfiado de ellos.

Me encuentro aquí porque una persona que decía ser mi amiga, a la que le brindé mi hogar y mi confianza y le extendí la mano cuando lo necesitó, me ha pagado de esta manera. No se vale. Ni siquiera tuvo el valor para decir la verdad. Al contrario, aprovechó la oportunidad para acusarme de un delito que nunca existió. Esto me ha servido de lección para no confiar tanto en las personas, ni ser tan noble. Al principio renegaba de estar aquí y me sentía una basura por hacer sufrir a mi familia. Sentía mucha vergüenza de que las personas que me conocían se enteraran del lugar donde me encuentro junto con mi madre. Ahora veo las cosas de manera diferente y sé que si estoy aquí es porque Dios me está dando la oportunidad de empezar una nueva vida con las personas que en verdad me aman y quieren sacar a mi familia adelante.

Confieso que cuando llegué aquí pensé que nunca saldría de este lugar y tenía mucho miedo. Con la ayuda de Dios, muy pronto estaré nuevamente en mi hogar. Lo más curioso es que ahora tengo miedo de salir, no porque no quiera irme, sino porque temo seguir causando problemas a las personas que en verdad me aman.

Cuando salga, deseo enseñar a mis hijos a valorar a las personas que en verdad nos aman, para que no cometan los mismos errores que yo; quiero que sean personas de bien para que tengan una vida feliz. Estar en este lugar me ha servido para darme cuenta de que debo estar más pendiente de ellos y realizarme como verdadera madre y amiga, porque son lo más importante en mi vida. Estoy dispuesta a todo por ellos y a enseñarles a ser cada día más fuertes para que venzan cualquier obstáculo que se les presente.

Centro Preventivo y de Readaptación Social
Chalco, Estado de México